

Nada más curioso que observar los ímprobos trabajos que emprenden los humildes ataucos para preparar la morada de su prole. ¡Con qué ardimiento igualan sus bolas á fin de hacerlas rodar más fácilmente hacia el sitio que eligieron! ¡Con qué tenacidad luchan cuando uno de sus semejantes trata de arrebatárselas su preciosa carga! Digamos aquí de paso, mal que pese al sexo fuerte, que son las hembras siempre las que despliegan esta actividad, mientras los machos permanecen muy tranquilos, observando la ruda tarea de sus compañeras y sin moverse sino para la lucha. No todas las bolas fabricadas por estos insectos están destinadas á recibir huevos, y el animal sepulta con pocas precauciones las que se hallan en este caso, pero entierra las otras cuidadosamente, escarbando la arena; y á veces se encuentra junto á estas bolas á la pareja que las hizo rodar, cual si quisiera guardar aquel depósito precioso hasta el momento de la muerte, término de sus trabajos.

En la bola sepultada se despierta una nueva vida. Del huevo nace la larva y ésta encuentra la provisión suficiente de alimento para desarrollarse hasta alcanzar su completo tamaño. Tiene la forma de una larva de abeja, pero es más semicilíndrica, provista en la parte superior de manchas de un gris pizarra y casi desnuda en su cuerpo. Esta larva necesita varios meses para su desarrollo. En la primavera siguiente el coleóptero sale de su cuna y las parejas jóvenes fabrican bolas del mismo modo y con el mismo objeto que sus padres, pudiendo ejecutar también trabajos de otra clase.

Los afodios están diseminados por toda la tierra, en más número en las zonas templadas y frías de Europa, donde se cuentan 115 especies. Son los insectos que en las hermosas noches de verano, ó de día, á la luz del sol, se agitan en los aires ó revolotean, como las abejas domésticas, alrededor de un montón de estiércol, que parece haberse convertido en una abigarrada mole de estos pequeños seres. No escarban en el suelo ni hacen pelotillas para sus descendientes; límitanse simplemente á poner sus huevos en el estiércol, y de vez en cuando abandonan la asquerosa basura ó el hediondo fango por el aire puro ó para tomar el sol, entreándose á sus juegos.

Los geotrupos, que viven principalmente en el estiércol de caballo, son insectos pesados y torpes, más propios para escarbar que para volar, y su existencia no tiene nada de envidiable, pues en la primavera, cuando ven la luz por primera vez en su vida, después de abandonar su profundo hoyo, deben ocuparse desde luego en la reproducción. Cada especie busca los excrementos de los solípedos que han pasado por el camino, y cuando la estación está adelantada, agrádanles también los hongos favoritos de muchos insectos y de las limazas. En el montón de estiércol ó en el hongo sacia su apetito y practica un agujero casi vertical de unos 0m,30 de profundidad, en cuyo fondo deposita una porción de alimento que llega á cubrir la entrada: la hembra pone allí un solo huevo, y debe abrir tantos agujeros como huevos quiera depositar, viéndose obligada á menudo á buscar varios montones de estiércol, porque este escarabajo no es el único que los necesita: con él se asocian otros de su especie y de su familia. Se ha de tener en cuenta, sin embargo, que no todos los terrenos donde se encuentra esta fuente de vida se prestan para practicar un hoyo, y por lo tanto ofrece su dificultad hallar un sitio conveniente. Cuando vemos al geotrupos emprender de día viajes de exploración y le oímos por la noche pasar zumbando junto á nosotros, es que busca un sitio á propósito para abrir un agujero. Su predilección por la noche se demuestra en el hecho de ser más activo durante ésta; muévase entonces más vivamente y ocúpase en la reproducción. En

otoño se encuentran algunos que apoyados en el dorso de los seis tarsos y del todo rígidos, parecen cadáveres disecados. Estos insectos han sucumbido de muerte natural, mientras que otros de sus semejantes han sido víctimas de algún pico cruzado, que los clavaría en una espina, como hace esta ave con muchos abejorros.

Con el tiempo desaparece la vivienda primitiva del geotrupos, y sólo un agujero redondo rodeado de tierra atestigua su reproducción. En el transcurso del verano y del otoño se desarrolla en el fondo de aquel agujero la larva, la que se convierte en crisálida y ésta en escarabajo, que en la primavera siguiente celebra su resurrección del modo que hemos descrito.

El letro de cabeza grande (*Lethrus cephalotes*) habita en los terrenos arenosos del Sudoeste de Europa, donde se le ve en los excrementos secos y alrededor de las raíces de los vegetales resistentes. Viven en parejas en agujeros del suelo, y desde hace mucho tiempo llamó la atención de los viticultores de varios países por los perjuicios que causa.

Cuando á principios de la primavera los rayos del sol han calentado el suelo y los botones de las vides empiezan á retoñar, vense en el suelo numerosos agujeros, idénticos á los que abren los geotrupos indígenas en las dehesas y en los sitios despoblados del bosque. Estos escarabajos salen de sus agujeros principalmente por la mañana y por la tarde desde las tres en adelante, pero se refugian inmediatamente en sus escondites apenas oyen algún ruido, procediendo en esto como los grillos campestres. Si no se les inquieta, trepan rápidamente por las vides, cortan botones ó pámpanos y los arrastran á sus agujeros, andando siempre hacia atrás. Esta ocupación continúa durante todo el verano, y según dice Erichson, cortan hasta la hierba y las hojas de diente de león. Ningún autor habla del régimen de estos coleópteros, limitándose á decir que cortan los racimos; pero es verosímil que las hojas y demás substancias vegetales marchitadas en los viñedos sirven de alimento á estos coleópteros, principalmente á su cría, pues cuando han recogido suficientes provisiones en un agujero, la hembra pone en él un solo huevo, abriendo después otros y recogiendo nuevas provisiones para los demás huevos. Cuando llueve, el letro de cabeza grande no se deja ver, y según se ha dicho, hasta puede desaparecer sin dejar rastro alguno si la lluvia dura largo tiempo. Tampoco se le ve ya durante la recolección, porque después de criar los hijuelos ha cumplido su tiempo, y la prole no se presenta á continuar el trabajo de sus padres hasta más adelante.

Según lo indica su nombre, el rizotrogo solsticial empieza á volar hacia el día de San Juan, y sólo durante unos quince días, presentándose entonces de vez en cuando en gran número. De día no se le puede ver, porque descansa en los matorrales ó en los tiernos frutales que franquean los anchos senderos del campo. Así que el sol desaparece del horizonte, saltan estos escarabajos sobre los campos de trigo, los árboles cercanos y los matorrales, indiferentes ya para el inofensivo transeunte al que son tan molestos, pues á manera de impertinentes moscas se posan siempre en el mismo punto de la cara, revoloteando sin cesar alrededor del viandante. Si éste trata de ahuyentarlos con la mano, no necesita ser muy práctico para cogerlos en gran número. Examinados atentamente, resultan ser casi todos machos. Las hembras permanecen sobre las plantas cerca del suelo, y los machos parecen revolotear sin cesar á causa del apareamiento. Al mismo tiempo se procuran el necesario pasto, considerando como más conveniente el que les ofrecen los bosques frondosos y las coníferas; los retoños que despuntan por San Juan son objeto de sus ataques, sobre todo si les ha precedido una invasión de abejorros vulgares. Las

hembras fecundadas ponen sus huevos junto á las raíces de varias plantas, devorando las larvas preferentemente las de las hierbas y también las de los cereales.

El melolonta ó abejorro común aparece por regla general en mayo. Cuando la primavera es muy templada sale ya á flor de tierra en el mes de abril: en el caso contrario no lo verifica hasta el mes de junio.

Una vez salidos á flor de tierra y cuando no les detiene el mal tiempo, los abejorros revolotean durante las templadas noches en busca de alimento y con objeto de aparearse, siendo á veces apetecida presa de los murciélagos y de algunas aves rapaces nocturnas: muéstranse asimismo muy activos en los días de un calor bochornoso. Fácil es que el lector los haya visto arrastrándose en grupos de cuatro y más por las encinas y los frutales casi despojados de hojas, disputándose el reducido alimento ó bien riñendo los machos por las hembras. En otras ocasiones puede haberlos observado en las espigas del trigo, en los tallos del lino y de otros vegetales bajos, y lo que es peor aún, quizás haya percibido el pestífero hedor de sus excrementos al pasar por el bosque, despojado de hojas, durante los años en que aquéllos abundaron.

Estos animales sólo buscan el descanso durante las altas horas de la noche ó á las primeras de la mañana: en los días rigurosos están débilmente suspendidos por los tarsos de árboles y arbustos, sobre todo de los ciruelos de nuestros huertos, de las encinas, de los hipocastaños, de los plátanos, de los chopos y de la mayor parte de los árboles frondosos, pudiendo conseguir con facilidad su caída y adquisición tan sólo con golpear los troncos, pero sin sacudirlos.

La hembra fecundada necesita algunos días para poner sus huevos. Intérnase en la tierra, prefiriendo el terreno flojo al sólido, calizo ó arenoso, y á unos 0^m,05 ó 0^m,07 debajo de la superficie, y pone en junto hasta treinta huevos de forma oblonga, blancos y algo comprimidos. Terminado este trabajo, ó no vuelve á presentarse ó bien sale de nuevo á la superficie de la tierra; sigue empero, ya extenuada por las fatigas, igual suerte que el macho, y como él perece. Al cabo de cuatro ó seis semanas aparecen las larvas, las que hasta últimos de septiembre comen las fibras finas de las raíces inmediatas ó se aprovechan de la tierra mezclada con las mismas raíces carcomidas, internándose más en el suelo para aletargarse durante el invierno. En la primavera siguiente aparecen, como todos los animales aletargados, en la superficie, en la que se alimentan de nuevo. Poco tiempo después vuelven al interior de su morada para mudar la primera piel. Al reaparecer en la superficie, empiezan su trabajo acostumbrado con mayor afán, para reparar á copia de alimento las fuerzas que perdieron. Entonces cuentan ya cerca de un año de edad. A fuerza de comer, estos animales se hacen más visibles y se diseminan más: es de notar que entre el día más largo del año y el equinoccio de otoño causan los mayores perjuicios. Luego decrecen y se aletargan por segunda vez, y más tarde se repite lo sucedido en el año anterior. Por fin, pasados tres años desde la puesta de los huevos y encontrándose ya maduros para crisalidarse, vuelven á enterrarse á mayor profundidad, pudiendo admitirse como cierto que todas las larvas de un mismo año están transformadas ya en crisálidas por el mes de agosto ó primeros de septiembre, y los escarabajos desarrollados por completo en el otoño: éstos, si no se les inquieta, permanecen tranquilos en su cuna. Según la profundidad á que ésta se encuentra y según la solidez del suelo que cubre al escarabajo, necesita más ó menos tiempo para llegar á la superficie, para lo cual elige las horas de la noche. El extraño movimiento (el abejorro *cuenta*) que agita todo su cuerpo y sus élitros entreabiertos antes de remontarse por el aire, tienen su razón de ser. Llena por este medio los conductos aéreos y así

adquiere su pesado cuerpo la aptitud necesaria para el vuelo. Los conductos aéreos, que arrancan lateralmente de los dos principales y se dirigen hacia las partes interiores del cuerpo, contienen, según las investigaciones de Landois, 550 vesículas, que en parte son más grandes en el macho que en la hembra. Dichos conductos se cierran siempre al efectuar los movimientos respiratorios, á consecuencia de lo cual todos los demás, así como las vesículas, se llenan de aire, produciendo el efecto que acabamos de indicar. Me parece bastante dudoso que este modo de cerrar los conductos ejerza grande influencia en el fuerte zumbido que, según la opinión del citado naturalista, produce cuando vuela.

La larva es temible enemigo para nuestros cultivos. Así como el insecto perfecto se encuentra bien á la luz del sol, la larva no puede sufrirla, muere muy pronto si se expone por breve tiempo á ella. No obstante, no es conveniente, al coger las larvas, arrojarlas en montón para hacerlas morir bajo los rayos del sol, porque la capa inferior, no herida por ellos, tiene aún fuerza bastante para ponerse en salvo hundiéndose en el suelo. La recolección de estas larvas, siguiendo á poca distancia el arado, es uno de los medios para precaverse de los daños que acarrear; otro todavía más radical por sus efectos, es recoger y matar cada año todos los abejorros dondequiera que se encuentren. Lo que puede hacerse por este concepto lo ha demostrado entre otras la comisión regional de la Sociedad central de Agricultura de la provincia de Sajonia en el año 1868, en cuyo año hubo emigración de melolontas. Según demuestran los estados formados acerca del particular, se mataron 30,000 quintales. Si nos atenemos únicamente á esta cifra (los abejorros recogidos extraoficialmente la aumentarían más), la cantidad de peso corresponde poco más ó menos á mil quinientos millones de abejorros, puesto que según repetidos ensayos 530 pesan por término medio una libra. Los trabajos y sacrificios que requiere tal campaña de destrucción están, empero, compensados, pues en el siguiente año se presentaron los escarabajos como en muchos otros, pero no en tanto número como en los años bisiestos. El mismo fenómeno se repitió en 1876, en cuyo año la temperatura rigurosa y constante que se notó en la primavera, hubo de ser muy desfavorable para los escarabajos. Estos, cuando se recogen en tan extraordinario número, se utilizan como abono matándolos con agua hirviendo ó con vapor, echándolos luego en los montones de abono, mezclados con cal y cubriéndolos de tierra. También se obtiene de ellos por medio de la destilación un buen aceite para el alumbrado, y lo que es más raro, una sopa cordial, recomendable á los convalecientes, para lo cual no se necesita esperar á los años en que abunde.

El polífilo curtidor (*Polyphilla fillo*) se encuentra con abundancia en Europa. Prefiere las llanuras arenosas y pobladas de pinos á cualquier otro terreno y no sólo devora dichos árboles sino los que vegetan entre ellos con tal que sean frondosos. Mientras el melolonta común prefiere, si los puede elegir, los árboles ó las matas, el melolonta ó polífilo curtidor mora preferentemente entre los matorrales y sobre todo en los pinos bajos. Si se sacuden éstos, anuncia su presencia con un fuerte grito. Rozando el agudo ángulo de la penúltima articulación abdominal con un reborde de las alas que se halla en la articulación de la misma, produce un chirrido muy fuerte.

La larva se asemeja mucho á la del abejorro, pero es mucho mayor, diferenciándose por sus mandíbulas relativamente más fuertes, las antenas más gruesas y más cortas, así como por la carencia de garra en los tarsos posteriores. Aliméntase también de raíces, siendo en ocasiones perjudicial porque devora las de la hierba en los médanos: estas hierbas sirven para sujetar la arena movediza y se plantan

con este objeto en los arenales. Impide además la vegetación de los pinos ó de los árboles frondosos, royendo asimismo las raíces ó el tronco subterráneo de las plantas. No se sabe hasta ahora la duración de su vida, pero parece que es de varios años.

Fácil es que el lector conozca á otra especie de la numerosa familia de los lamelicornios, el cetonía dorado (*Cetonia aurata*), coleóptero de color verde dorado, con algunas rayas transversales formadas por escamas blancas en la mitad posterior de los élitros; en los días de sol visita zumbando los arbustos y las matas de los jardines, bosques y praderas, buscando en unos las rosas y los ruibarbos y en otros el blanco espino, la pelota de nieve, etc.; pues siendo blandas las maxilas de su mandíbula inferior, sólo puede roer las tiernas hojas de las flores ó lamer las gomas. Pórase sobre las llanas umbelas, y cuando le hiere el rayo del sol semeja una piedra preciosa centellante: más bello aspecto ofrece el ver á menudo á cuatro de ellos sobre una misma flor. Cuando se cansa de ellas vuelve á alejarse repentinamente, zumbando y desplegando sus largas alas por debajo de los dorados élitros; cuanto llevamos dicho sólo tiene lugar, empero, cuando le bañan los ardientes rayos del sol. Si éste no brilla permanece horas enteras en un mismo punto, como aletargado, arrastrándose hacia el interior si la temperatura deja de ser benigna. Si se le coge segrega un jugo blanco, sucio y oleoso, de olor repugnante, tal vez con la intención de recobrar su libertad. En las encinas viejas ú otros árboles cuyas grietas destilan jugo, el cual es para muchos insectos como fuente inagotable de vida, se encuentra con frecuencia al cetonía dorado en apiñados grupos, reluciendo á lo lejos con dorado brillo al herirles la luz solar. Los cetonias no son en realidad nocivos; pero si comparecen en grandes multitudes en un jardín destinado al cultivo de los capullos de rosas, perjudican notablemente la cosecha y echan á perder la rosa en flor. La larva vive en la madera carcomida y ha sido encontrada con frecuencia en el fondo de las viviendas de la hormiga roja (*Formica rufa*), donde se alimenta de pedazos de leño carcomido que las hormigas han aglomerado.

El oricte rinoceronte (*Orictes nasicornis*) lleva este nombre por tener un cuerno medianamente grande en la cabeza y tres tubérculos iguales sobre la protuberancia del escudo del cuello: la hembra carece del cuerno, no presentando sino un tubérculo obtuso en el sitio donde el macho tiene aquel apéndice característico. Este magnífico escarabajo vive con preferencia en el Norte de Europa: se ve en el zumaque con que se rodean los cuadros de mantillo de los jardines, y también en los caminos principales. En los puntos donde se instaló una vez, suele vérselo con frecuencia. Durante los meses de junio y julio, seguidamente después de su aparición, efectúase el apareamiento, después de lo cual el macho muere, en tanto que la hembra se interna en el zumaque para poner sola sus huevos. Estos aparecen á últimos de agosto, en tanto que las larvas requieren algunos años antes de haber absorbido el suficiente alimento, pues su comida es algo escasa. Comparados á los del ciervo volador, sus conductos aéreos son más grandes y su cabeza marcadamente punteada. Para crisalidarse se internan á mayor profundidad en la tierra, construyen una vivienda ovalada, en la que se encuentra al cabo de un mes, poco más ó menos, la crisálida, y dos meses después el escarabajo: éste permanece en la misma hasta que todas sus partes están completamente endurecidas.

El dinasta Hércules macho (*Dynastes Hercules*) ha adquirido cierta celebridad por su tamaño y por su forma. Su longitud es de 0^m,15, cuya mitad más pequeña corresponde á un cuerno que, arrancando de la región anterior dorsal, se dirige en línea recta hacia adelante, encorvándose luego hacia abajo. Este cuerno, provisto

en su parte inferior de una cresta de pelos amarillos, cubre, visto desde la parte superior, otro cuerno que arranca de la cabeza y mide dos tercios de la longitud del primero; el superior tiene dos dientes laterales en su parte media y el inferior varios en la parte interna; su color, como el de todo el cuerpo, es negro lustroso, y sólo los élitros, de un verde claro aceitunado, conservan á trechos aquel tono. Los tubérculos, detrás de los costados anteriores, y el nacimiento del ano tienen pelos largos y amarillos. No así la hembra, que no presenta ningún vestigio de armadura en la parte anterior y sí sólo un pelaje pardo mate; tiene arrugas toscas en la parte superior del cuerpo, cuyo color no es de un negro puro; las puntas de los élitros lisas, y mide 0^m,091 de largo. Antes de la metamorfosis, á la que preceden varios

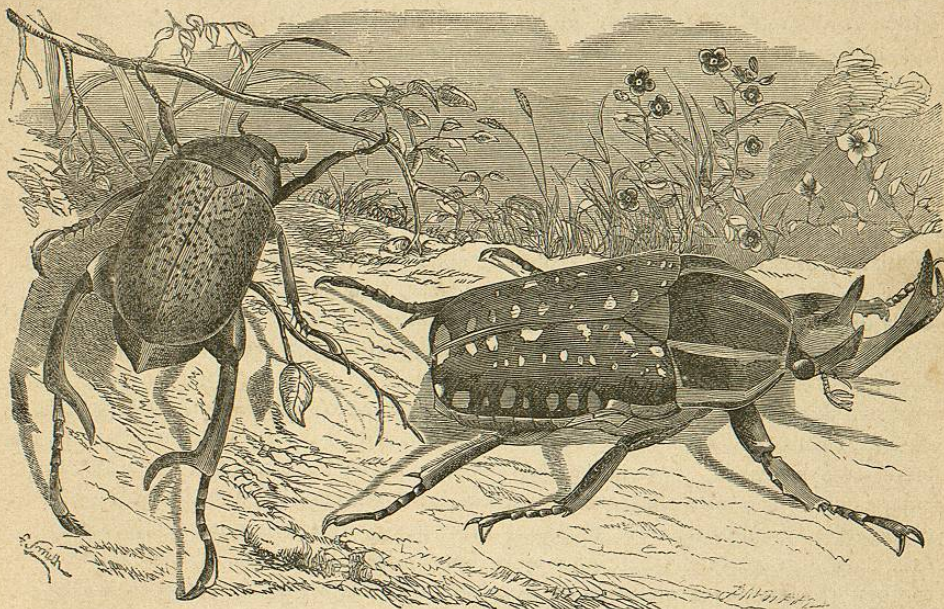


Fig. 693. - Crisóforo crisocloro.

Fig. 694. - Dinasta Hércules.

años de vida, construyen las larvas una sólida vivienda, en la que permanece el coleóptero hasta que ha adquirido consistencia y puede salir á la superficie sin contusiones ó fracturas. Sin embargo, los cuernos mutilados y todas las demás deformidades que se observan con frecuencia en él, parecen indicar que han sido demasiado impacientes y no han esperado una solidificación perfecta.

Las quinientas especies que poco más ó menos constituyen el género de los dinastes, se encuentran exclusivamente en las zonas tórridas, correspondiendo mucho más de la mitad á la América, en tanto que algunas especies aisladas y menos gigantescas se presentan diseminadas por todo el globo.

Para concluir con lo que á la familia de los lamelicornios respecta, haremos mención de otro gigante de ella, el calcosoma Atlas (fig. 692), hermoso coleóptero de color verde aceitunado y brillo metálico, propio de las islas Filipinas y de una parte de la India, y del crisóforo crisocloro (fig. 693), que se halla diseminado en América, Indias orientales y África.

Los individuos de la familia de los derméstidos se distinguen, aparte de sus ca-

racteres específicos, por una costumbre particular: la de fingirse muertos en caso de peligro. Esencialmente perezosos y vagabundos, no se cuidan nunca de la elección de compañeros ni de residencia, siéndoles del todo igual vivir al lado de una mariposa aérea en las perfumadas flores, ó en medio de los tenebrosos y sucios coleópteros en los restos de un cadáver fétido; lo mismo les da estacionarse en los adornos de piel de un vestido que en los cojines de nuestros sofás, ó en el vientre de un magnífico coleóptero disecado, orgullo de algún coleccionador; todo esto parece indiferente á muchas especies, pero tienen sus parajes favoritos, según se ha observado. Como el alimento de los coleópteros, y sobre todo de sus larvas (pues aquéllos son más contentadizos), se compone principalmente de las partes secas de substancias animales de toda clase, se encuentran también en todas partes al aire libre, en nuestras habitaciones, en los buques, en las pieles y en las colecciones zoológicas, etc.; viajan alrededor del mundo y llegan á ser en parte cosmopolitas, en la verdadera acepción de la palabra. Viven ocultamente, y en sus escondites se propagan sin estorbo, de tal manera, que en ciertas circunstancias pueden causar considerables perjuicios en nuestra propiedad, sobre todo en las pieles, cojines, colchas y alfombras de toda clase, y particularmente en las colecciones zoológicas.

Esto parece aplicarse ante todo á las voraces larvas, las cuales se caracterizan por un tegumento de espesos pelos rígidos que en la parte posterior forma por lo regular espesos mechones, ó que también puede extenderse en forma de estrellas.

El dermestes del tocino (*Dermestes lardarius*) y su larva se encuentran no sólo en la despensa, sino en todas partes donde hallan restos de animales, en las casas, al aire libre, debajo de los cadáveres, entre las piedras y en las colecciones zoológicas.

Otro dermestido, el antreno de los museos (*Anthrenus museorum*), es una verdadera plaga para dichas colecciones. Podría tolerarse al insecto perfecto, pero su larva, algo aplanada, provista de pelos pardos y de un largo mechón en forma de cola, es un vecino muy peligroso. A causa del diminuto tamaño que tiene al nacer, es tan difícil descubrirla como fácil para el insecto penetrar por las rendijas más estrechas. Aunque se guarden mucho las cajas en las colecciones, la larva sabe introducirse, siquiera sea en forma de huevo, con el cadáver de algún insecto sospechoso, y los destrozos que una sola larva puede ocasionar nadie los comprenderá mejor que quien los ha visto por sus propios ojos. Regularmente vive en el interior del animal, pero también se pasea por la superficie, de modo que todas las partes quedan corroídas. En el primer caso un montoncito de polvo pardo bajo el insecto habitado, y en el segundo la caída de las patas, antenas ú otras partes, descubren la presencia del enemigo, que muchas veces arranca toda la presa del alfiler. Sacudiendo con fuerza la caja se le hace salir fácilmente, y si se expone toda la colección á un grado conveniente de calor que no perjudique á los insectos, mueren las larvas. También penetra en la piel de los mamíferos disecados para comer el pelaje, y lo mismo hace en las aves con los tallos de las plumas, devora la piel alrededor de las fosas nasales y en las patas, procediendo de igual manera que la larva de la especie anterior. Al coger una por mitad del cuerpo con unas pinzas ofrece un aspecto particular y sorprendente: el mechón de la cola se dilata en extremo y en cada lado de su boca fórmanse tres abanicos de pelo sumamente delicados y transparentes. La larva se encuentra casi todo el año; por lo regular transfórmase en crisálida en mayo ó á principios de junio después de varias mudas. Los intervalos entre dos mudas son muy desiguales, pues se han observado diferencias de 4 á 16 semanas. Las muchas pieles que á veces se encuentran al lado de un solo coleóptero en

una caja de insectos bien cerrada, parecen indicar mayor número de mudas del que por lo regular se supone; pero habrán de hacerse aún minuciosas observaciones sobre este punto. El coleóptero tiene las mismas costumbres que sus congéneres y permanece semanas enteras en las pieles que le abriga.

El tercer dermestido, en esta trinidad de destructores, es el atageno de las pieles (*Attagenus pellio*), que vive al aire libre, y durante el verano habita en ciertas flores y plantas, donde con su buen compañero, el antreno de los museos, y otros muchos insectos está en la mejor inteligencia; de tal modo se cubre de polen, que no se le puede reconocer; es un insecto del todo inofensivo. Con más seguridad se le encuentra en nuestras habitaciones, cuando en la primavera, después de salir de sus escondites, vuela por los vidrios de las ventanas, creyendo que puede pasar por ellos para llegar al aire libre; entonces se le ve siempre caer boca arriba y esforzarse por recobrar el equilibrio perdido. Al efecto se sirve de los élitros, abriéndolos cual si quisiera volar. Sin caridad se le debe coger en tal posición y aplastarle entre los dedos, que apenas se humedecen, para que muera sin descendientes, pues aunque tenga en sí poca importancia sus larvas son muy peligrosas, justificando su exterminio y el del coleóptero. Aquéllas, cuando pueden elegir su alimento, prefieren siempre el pelaje y la lana de las pieles, entre las cuales penetran en las casas, donde los muebles tapizados y las alfombras les ofrecen escondites tanto más seguros cuanto menos se limpian. Mayo, junio y julio son los meses en que la larva es más activa, y por eso es preciso limpiar y sacudir repetidas veces las pieles que entonces no se usan.

La séptima familia de la tribu de los pentámeros, mencionada por el autor, es la de los histéridos, coleópteros recogidos, aplanados y á veces del todo planos, rodeados de una coraza muy brillante y dura. La marcha de estos insectos es lenta á causa de su estructura; reconócese que hay presión general de todo el conjunto, y son por esto como las tortugas entre los reptiles. Mucho influye en ello la costumbre particular de pararse en medio de los caminos y recoger las patas y la cabeza para fingirse muertos apenas sospechan un peligro. En las calurosas noches de verano raras veces ponen en movimiento sus alas para cruzar distancias mayores de modo más cómodo y particularmente para buscar alimento: éste no se limita á substancias animales en descomposición; también buscan los vegetales en tal estado, y por eso se les encuentra en gran número entre el estiércol y las setas carnosas. Algunas especies se refugian detrás de la corteza de los árboles y otras en los hormigueros. En cuanto á los colores, predominan el negro con brillo metálico, el azul ó morado, y además el rojo. Conócense unas 1,150 especies de histéridos que están diseminados por todo el globo.

Salvo un corto número de excepciones, todos los sílfidos se alimentan de materias orgánicas en descomposición; y así es que los más viven dentro de los cadáveres putrefactos de los animales, al paso que otros devoran las setas más ó menos podridas. Por el instinto que la naturaleza les ha concedido encuentran fácilmente las materias que deben constituir su régimen alimenticio, y parece que tienen por misión purgar la tierra de las substancias que por el estado en que se hallan podrían llegar á ser nocivas para la salud del hombre. Algunas especies, según veremos luego, demuestran una singular destreza para enterrar los cadáveres de pequeños animales, que después de haberles servido de pasto, son utilizados para depósito de los huevos de las hembras y alimento de las larvas. En el interior de los restos putrefactos ó de las setas cuya descomposición ha comenzado es donde la mayor parte de los insectos de la familia sufren todas sus transformaciones, si bien hay varios